

Solemnidad de todos los santos

1 de noviembre

Ap 7, 2-4, 9-14; Sal 23, 1-2, 3-4ab, 5-6;

1Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12a

Celebramos hoy la solemnidad de Todos los Santos. En esta feliz conmemoración, la Iglesia peregrina en la tierra dirige su mirada al cielo, a la inmensa multitud de hombres y mujeres a los que Dios ha hecho partícipes de su santidad. Como enseña el libro del Apocalipsis, provienen «de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas» (Ap 7, 5). En su vida terrena se esforzaron por hacer siempre su voluntad, amándolo a él con todo su corazón y a su prójimo como a sí mismos. Por eso también sufrieron pruebas y persecuciones, y ahora es grande y eterna su recompensa en los cielos (cf. Mt 5, 11)¹.

En la Solemnidad de hoy, el Señor nos concede la alegría de celebrar la gloria de la Jerusalén celestial, nuestra madre, donde una multitud de hermanos nuestros le alaban eternamente. Hacia ella, como peregrinos, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y animados por la gloria de los Santos; en ellos, miembros gloriosos de su Iglesia, encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad.

Nosotros somos todavía la Iglesia peregrina que se dirige al Cielo; y, mientras caminamos, hemos de reunir ese tesoro de buenas obras con el que un día nos presentaremos ante nuestro Dios. Hemos oído la invitación del Señor: Si alguno quiere venir en pos de Mí... Todos hemos sido llamados a la plenitud de la vida en Cristo. Nos llama el Señor en una ocupación profesional, para que allí le encontremos, realizando aquella tarea con perfección humana y, a la vez, con sentido sobrenatural: ofreciéndola a Dios, ejercitando la caridad con las personas que tratamos, viviendo la mortificación en su realización, buscando ya aquí en la tierra el rostro de Dios, que un día veremos cara a cara. Esta contemplación -trato de amistad con nuestro Padre Dios- podemos y debemos adquirirla a través de las cosas de todos los días, que se repiten muchas veces, con aparente monotonía, pues «para amar a Dios y servirle, no es necesario hacer cosas raras. A todos los hombres sin excepción, Cristo les pide que sean perfectos como su Padre celestial es perfecto (Mt 5, 48). Para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo, y encontrar así a Dios en el camino de sus vidas» ¹¹

¹ JUAN PABLO II, Alocución a la hora del Ángelus (I-XI-1999)

¿Qué otra cosa hicieron esas madres de familia, esos intelectuales o aquellos obreros..., para estar en el Cielo? Porque a él queremos ir nosotros; es lo único que, de modo absoluto, nos importa. Esta santa decisión tiene mucha importancia para los demás. Si, con la gracia de Dios y la ayuda de tantos, alcanzamos el Cielo, no iremos solos: arrastraremos a muchos con nosotros.

Quienes han llegado ya, procuraron santificar las realidades pequeñas de todos los días; y si alguna vez no fueron fieles, se arrepintieron y recomenzaron el camino de nuevo. Eso hemos de hacer nosotros: ganarnos el Cielo cada día con lo que tenemos entre manos, entre las personas que Dios ha querido poner a nuestro lado.

Queridos hermanos, éste es nuestro futuro. Ésta es la vocación más auténtica y universal de la humanidad: formar la gran familia de los hijos de Dios, esforzándose por anticipar ya en la tierra sus rasgos esenciales. Hacia esta meta nos impulsa el ejemplo luminoso de numerosos hermanos y hermanas a quienes, a lo largo de los siglos, la Iglesia ha reconocido como beatos y santos, proponiéndolos a todos como modelos y guías. Hoy invocamos su intercesión común, para que todo hombre se abra al amor de Dios, fuente de vida y santidad.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)